

TÍTULO : EL SECRETO DE LAS NIEVES

SEUDÓNIMO : ENRICO DE LOS MINUTOS

TEMA : MI CIUDAD

EL SECRETO DE LAS NIEVES

I

Cuando el malestar en los huesos hace que las gentes del Aysen adivinen la cercanía de la primera nevazón -lo que en el poblado Arroyo Harto viene aconteciendo en las últimas noches de mayo, desde que hay memoria-, sus hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, sorben y tragan con apuro los mates, dulces y amargos, y los vinos que mantienen entibados al alcance del fuego, mientras las madres urgen a los más pequeños a que beban rápido sus leches para luego en la penumbra, pegados a las ventanas, sumirse todos en espera paciente de que el viento disminuya, los árboles se aquieten y el lago termine por adormecer sus aguas en el pedrerío de las orillas.

En aquel afán, mientras los decires se van haciendo murmullos, el villorrio se sumerge en el adviento blanco.

Y es así que ya transcurrida casi una hora de vigilia, y en el momento en que los abuelos avisan que las plumillas de la nieve ahora sí se vienen ya encima, un toque suyo en las espaldas, o un pellizco suave en el brazo, alertan al vecino que el tapiz albo comenzará a cubrir el bosque, y cuanto lo rodea, después de poner a la brisa en retirada, de acallar el trino de los pájaros y de amenguar la llovizna que pronto habrá de colgar de los techos en largas gotas congeladas cual si este conjunto hubiere de resultar, entero, a virtud de los trazos de un pintor que sabe además acompañarlos a los tiempos.

La siguiente noticia, entonces, -la de que la nieve ha comenzado por fin a caer en las afueras- marcará el instante en que los moradores saldrán de sus casas para encaminarse todos en puntillas hasta los lindes del poblado donde, a mitad de la calle larga, la tía Anunciata -conocida más como la abuelilla Anunciata

de los Milagros-habrá de encender el cirio que porta adentro de una calabaza en seña inicial del griterío con que los niños festejarán el arribo del invierno haciendo de la medianoche un nuevo mediodía.

II

Y en el curso previo de la marcha, que se cumple bajo esta nevazón, tan esperada, ninguno de los pobladores habla, nadie lo piensa siquiera, ni lo intenta, lo que hace que los pasos se adelanten con cautela, y que los alientos resuellen contenidos, mientras adultos y pequeños, todos, avanzan con las manos abiertas y enfiladas al cielo desde atrás de sus orejas, asemejando una larga hilera de elefantes, enormes y diminutos, que caminan cual sobre algodones, pausados y en manada.

Y no se trata de que la multitud marche callada, por cosas de supersticiones, reverencias o brujerías, ni por nada que lo parezca.

En el mundo de aquella hora -en que los únicos movimientos provienen de las plumillas blancas que caen del cielo, y del caminar callado de los aldeanos- lo que se busca si bien es conocido de los vecinos, lo es inimaginable para los afuerinos.

Entonces, ¿por qué el pueblo entero actúa así?

Pues porque, según sabidurías que remontan sus orígenes de abuelo en abuelo, de lo que hoy se trata es de asir el ruido mágico que el poblador más viejo entre los viejos escuchó siendo niño en la época en que el otoño muere a manos

del naciente invierno: el ruido de algo como un tañido opaco que, año tras año, se oye únicamente cuando arrecia la nevada.

III

-¿Lo sentiré yo, también? -pregunta la niña Luisa, que por muy niña tampoco lo supo antes.

-¡Shh, sólo atiende! – le contestan sus padres.

Y, cuando los copos comienzan a tupir en el cielo, ambos al unísono la inquietan:

-¿Lo oyes, ahora, hija?

-Sí; ¡lo oigo, lo oigo! -contesta ella-; ¡es como un estruendo callado!

Y la madre lo confirma:

-Sí, hijita; lo que nosotros y tú escuchamos al caer las nieves es el sonido inefable y puro... ¡del silencio!

1ec